



SERMÓN DEL DÍA DEL ESPÍRITU DE PROFECÍA 2025

“Todavía no” y “Ahora”: Elena de White y la realidad del reino de Dios

Ted Levterov, Ph.D.

El adventismo nació de un profundo anhelo, una esperanza llena de pasión por la segunda venida de Jesús. Los primeros adventistas anhelaban vivir para siempre con Cristo en el hogar que él ha preparado para ellos. Después de todo, Jesús prometió:

“No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; Y si voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:1-3).

La historia comienza con un granjero llamado Guillermo Miller. Después de enfrentarse a la muerte en el campo de batalla durante la Guerra de 1812, Miller comenzó a luchar con las preguntas más profundas de la vida. Su búsqueda de sentido lo llevó de vuelta a la Biblia. Al sumergirse en las Escrituras, su fe en Dios se reavivó. ¡La Palabra de Dios tiene poder transformador! Despierta y restaura el corazón humano. Miller experimentó una renovación espiritual de este tipo. “En Jesús”, escribió, “encontré un amigo, y la Biblia se convirtió en mi deleite”.

Siendo un hombre de lógica y razón, Miller se embarcó en un estudio cuidadoso y sistemático de la Biblia que se extendió por quince años, de 1816 a 1831. Su objetivo era claro: mostrar que las Escrituras eran racionales y divinamente inspiradas. Cuando llegó a Daniel 8:14: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”, Miller creía que había hecho un descubrimiento fascinante. Llegó a la conclusión de que esta profecía predecía el inminente regreso de Cristo para purificar la Tierra y establecer su reino.

Aunque Miller nunca estableció una fecha específica, sus seguidores lo instaron a reducir el marco de tiempo, lo que llevó a la creencia de que Cristo regresaría en algún momento entre 1843 y 1844. Luego, en una reunión campestre en Exeter, New Hampshire, en agosto de 1844, el predicador millerita Samuel S. Snow propuso una fecha específica: el 22 de octubre de 1844, con base en la tipología del Día de la Expiación. La emoción se extendió rápidamente. ¡Jesús vendría en solo unos meses!

Un artículo de *The Midnight Cry* capturó la electrizante sensación de urgencia:

“Tomo mi pluma con sentimientos que nunca antes había experimentado. Sin lugar a dudas, en mi mente, el décimo día del séptimo mes será testigo de la revelación de nuestro Señor Jesucristo en las nubes del cielo. Estamos, pues, a pocos días de aquel acontecimiento. Momento terrible para los que no están preparados, pero glorioso para los que sí lo están. Siento que estoy haciendo el último llamado que haré a través de la prensa” (George Storrs, *The Midnight Cry*, 3 de octubre de 1844).

A veces me pregunto, ¿hemos perdido ese tipo de anticipación llena de pasión por la Segunda Venida? Cuando estamos entusiasmados con algo, un deporte, un libro, un pasatiempo, se pasa sin esfuerzo. Lo mismo sucedía con los primeros creyentes del advento. Incluso el cauteloso Guillermo Miller escribió, apenas dos semanas antes del 22 de octubre:

“Querido hermano, Himes: Veo una gloria en el séptimo mes que nunca antes he visto[...] Ya casi estoy en casa. ¡Gloria! ¡Gloria! ¡¡¡Gloria!!! [...] Mi alma está tan plena que no puedo escribir [...] Mis dudas, mis miedos y mis tinieblas se han ido. Gritaré cuando venga el ‘Rey de reyes’” (Guillermo Miller, *Midnight Cry*, 12 de octubre de 1844).

Y entonces llegó el 22 de octubre de 1844. Con el corazón lleno de esperanza esperaron, y esperaron, pero no había señal de Jesús. Pasó el mediodía y luego la puesta del sol. Llegó la medianoche, pero Jesús no apareció. Lo siguiente fue lo que los historiadores llaman ahora *El gran chasco*. Fue una experiencia devastadora que afectó la vida y el destino espiritual de las personas.

Hiram Edson describió más tarde la angustia:

“Nuestras expectativas eran muy altas[...] Había pasado el día y nuestra decepción se convirtió en una certeza. Nuestras esperanzas y expectativas más preciadas fueron destruidas, y un espíritu de llanto se apoderó de nosotros como nunca antes había experimentado. Parecía que la pérdida de todos los amigos terrenales ni se podría comparar a eso. Lloramos y lloramos hasta que amaneció” (Hiram Edson, manuscrito inédito, 1844).

¿Alguna vez ha sentido ese tipo de decepción con Dios? Recuerdo que me expulsaron de la escuela en el noveno grado, mientras vivía bajo un régimen comunista durante la década de 1980, por negarme a asistir a clases el sábado. Oré por un milagro y esperé que Dios interviniera. Pero no lo hizo. Estaba desconsolada y enojada con Dios.

Las decepciones con Dios duelen. Y para los milleritas, el dolor no se debía solo a una fecha equivocada, sino a la confianza destrozada. Fueron profundamente heridos, y muchos perdieron no solo su esperanza, sino también su fe en Dios. Pero Dios no los había abandonado. Nunca lo hace.

Apenas dos meses después, en diciembre de 1844, Dios le dio una visión a una joven llamada Elena Harmon, más tarde conocida como Elena G. White. Esta visión animó a los creyentes desanimados y reavivó su esperanza en el regreso de Cristo. Pero también reveló algo más profundo: el Reino de Dios no era solo un evento futuro, era una experiencia presente. Era a la vez el “Todavía no” y el “Ahora”.

Reflexionemos sobre estas dos dimensiones del Reino de Dios y su significado para nuestro camino espiritual de fe.

1. EL REINO “TODAVÍA NO”

En esa primera visión, Elena de White vio al pueblo de Dios caminando por un sendero angosto hacia la ciudad celestial. Una luz brillante brilló detrás de ellos, que un ángel identificó como el “clamor de medianoche”. Esta luz iluminó el camino para que no tropezaran.

“Tenían una luz brillante detrás de ellos al comienzo del camino, que un ángel me dijo que era el ‘clamor de medianoche’. Esta luz alumbraba todo el camino y alumbraba sus pies, para que no tropezaran” (*Early Writings*, p. 14).

¿Qué es el “clamor de medianoche” y por qué se compara con una “luz”?

¿Recuerdas la historia de Mateo 25, la parábola de las diez vírgenes? El novio se demoró y todas las vírgenes se durmieron. Pero a medianoche se oyó el grito: “¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!” (Mateo 25:6). Este clamorseguía siendo una realidad profética válida, afirmando la doctrina bíblica del pronto regreso de Cristo. Iba a ser una luz para el viaje que tenía por delante.

¿Por qué una luz? Porque es la mejor noticia que se ha contado. Marca el fin del pecado y la tristeza y el comienzo del reino eterno de Dios. La segunda venida de Cristo será la culminación de la historia humana. Como Juan escribió en Apocalipsis 21:4, 5: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”.

O como Pablo describió: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2:9). Elena White afirmó repetidamente esta bendita esperanza: la asombrosa **realidad futura** de la segunda venida de Cristo. Escuchemos las siguientes citas de Elena de White:

“Una de las verdades más solemnes y, sin embargo, más gloriosas reveladas en la Biblia es la de la segunda venida de Cristo para completar la gran obra de la re-

dención. Al pueblo peregrino de Dios, que por tanto tiempo ha sido dejado para residir en “la región y sombra de la muerte”, se le da una **esperanza preciosa, que inspira gozo** en la promesa de su venida, que es “la resurrección y la vida”, para “hacer volver a casa a sus desterrados”. **La doctrina de la Segunda Venida es la tónica misma de las Sagradas Escrituras.** “Desde el día en que la primera pareja se alejara apesadumbrada del Edén, los hijos de la fe han esperado la venida del Prometido que había de aniquilar el poder destructor de Satanás y volverlos a llevar al paraíso perdido” (*Conducción del niño*, p. 536).

“Hemos estado esperando con **gozosa esperanza** la pronta venida de nuestro Señor en las nubes del Cielo. [...] ¿Se cansará alguien ahora? [...] ¿Renunciar a nuestra fe? ¿Perder la confianza? ¿Te impacientas? – No; no. No vamos a pensar en tal cosa. [...] **Pues que los hijos de Dios se llenen de esperanza y valor** [énfasis nuestro], de gozo y éxtasis, al contemplar las cosas que Dios ha preparado para los que le aman” (“No pierdan vuestra confianza”, *Review and Herald*, 31 de julio de 1888).

El Señor viene. **Levantad vuestras cabezas y regocijaos** [énfasis añadido]. ¡Oh!, pensaríamos que los que oyen las **gozosas nuevas**, que reclaman el amor de Jesús, se sentirán llenos de gozo inenarrable y glorioso. Estas son **las buenas y regocijantes nuevas que deberían galvanizar cada alma**, y que deberían repetirse en nuestros hogares y compartirse con las personas con quienes nos encontramos en la calle. ¡Qué noticias más gozosas podrían comunicarse! (*El evangelismo*, t. 2, p. 162).

La bendita esperanza aún brilla intensamente. Aunque tardía, la venida de Cristo es segura. La visión confirmó que los adventistas estaban en el camino correcto, guiados por la luz de la profecía, sostenidos por la promesa del pronto regreso de Cristo.

2. EL REINO DEL “AHORA”

La visión de Elena de White también enfatizó una realidad presente: el reino de Dios se puede experimentar aquí y ahora. Se aseguró de que los viajeros permanecieran a salvo “si no apartaban los ojos de él, iban seguros” (*Notas biográficas de Elena White*, p. 71). ¡Esto es poderoso! Cuando vivimos en relación con Jesús, comenzamos a experimentar su reino en el presente. La Segunda Venida es una esperanza gloriosa, pero el cielo puede comenzar ahora.

Jesús reveló esta misma verdad en una conversación con los fariseos. Cuando le preguntaron cuándo vendría su reino, él respondió diciéndoles que ya estaba presente. Antes de hablar sobre las señales de su segunda venida, Jesús declaró: “el reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:21). Y Hebreos 11 describe a los fieles como habiendo visto las promesas “desde la distancia”. Ya vivían como ciudadanos del cielo.

Elena White afirmó esta verdad repetidamente:

“**El cielo ha de comenzar en esta Tierra**[...] El que recibe a Cristo por fe viva tiene una conexión viva con Dios. [...] Lleva consigo la atmósfera del Cielo, que es la gracia de Dios, un tesoro que el mundo no puede comprar. **Si quieres ser un santo en el cielo, primero debes ser un santo en la Tierra** “ (Carta 18b, 1891).

“[Nuestro Salvador] desea que confiemos en él, creyendo en sus palabras tan plenamente que **traeremos el cielo a nuestra vida aquí abajo**. Podemos hacer el cielo en el corazón y en el hogar a medida que avanzamos si nuestras vidas están escondidas con Cristo en Dios” (Manuscrito 28, 1901).

“Cristo ha sido un compañero diario y un amigo familiar para sus fieles seguidores. Estos han vivido **en contacto íntimo, en constante comunión con Dios**. Sobre ellos ha nacido la gloria del Señor. En ellos se ha reflejado la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Están preparados para la comunión del cielo; pues **tienen el cielo en su corazón**” (*Hijos e hijas de Dios*, p. 362).

“Si queremos ver el cielo, debemos **tener el cielo aquí abajo**”. Debemos **tener un cielo para poder ir al cielo**. Debemos tener el Cielo **en nuestras familias**, por medio de Cristo, acercándonos continuamente a Dios. Cristo es el gran centro de atracción, y el hijo de Dios escondido en Cristo, se encuentra con Dios y se pierde en el ser divino” (Elena G. de White, “*Our Eternal Destiny Decided by Our Course Here*”, *Signs of the Times*, 31 de julio de 1893).

El cielo puede comenzar aquí en la Tierra cuando invitamos a Cristo a nuestras vidas. A medida que crecemos en nuestra relación con él, nuestras vidas se transforman y renuevan, y comenzamos a experimentar el gozo de la salvación ahora. Incluso en tiempos de decepción y dolor, podemos sentir su presencia y paz, sentir su perdón y su misericordia y vivir con la esperanza de su pronto regreso.

CONCLUSIÓN

Permítanme terminar con una anécdota. Un joven que conozco creció en la iglesia, pero nunca había cultivado una relación profunda con Dios. Eso cambió hace unos dos años, cuando experimentó una verdadera conversión, después de un encuentro aterrador con el diablo. Es una de las pocas personas que conozco que literalmente ha luchado con un espíritu maligno.

En el pasado solíamos hablar de coches rápidos y trabajos bien pagos. Soñaba con libertad y comodidad, pero todo cambió después de esa batalla espiritual.

Justo antes de Navidad, hablamos por teléfono durante casi dos horas. En un momento dado, se rió y dijo: “Pastor, ¿puede creerlo? ¡Hemos estado hablando durante dos horas acerca de Dios y de Elena de White!” (Había estado leyendo *El Deseado de todas las gentes* y estaba profundamente conmovido por lo que ella había escrito). Luego agregó: “No me importa lo que tengo ahora. Tengo dinero. Tengo una casa cómoda. Pero esas cosas ya no me importan. Dios es mi vida”. Al escucharlo, me di cuenta de que ya estaba viviendo el sabor del cielo, aquí y ahora, mientras esperaba la venida de Jesús.

Querido amigo, ¿qué te impide experimentar el reino de Dios hoy?

Mientras esperamos el “Todavía No”, vivamos plenamente en la realidad del “Ahora”. Caminemos con Jesús cada día, manteniendo nuestros ojos fijos en él. Porque cuando lo hacemos, el cielo comienza aquí y ahora mientras esperamos con ansias su regreso para llevarnos a casa. Como Elena de White lo expresó tan bellamente:

“Nuestro crecimiento en la gracia, nuestro gozo, nuestra utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo. Solamente estando en comunión con él diariamente, a cada hora permaneciendo en él, es como hemos de crecer en la gracia. Él no es solamente el autor sino también el consumidor de nuestra fe. Cristo es el principio, el fin, el todo. Él ha de estar con nosotros, no sólo al principio y al final de nuestra carrera, sino en cada paso del camino” (*La fe por la cual vivo*, p. 127).

Que esta sea nuestra experiencia. ¡AMÉN!

Theodore N. Levterov, PhD, es el exdirector de la Oficina de Elena G. de White en la Universidad de Loma Linda. En la actualidad, se desempeña como director asociado del White Estate.